

Elisa Pellacani

HUMAN BOOK

Una necesidad antigua como el hombre
de contar, de expresarse y de editar



The Human Book: el libro como necesidad humana

Eva Marszen

Antropóloga, arteterapeuta, psicoterapeuta

¿Por qué el libro es una necesidad humana?

¿Por qué es leer una necesidad humana?

¿Por qué el libro y leer son una necesidad para el arte?

A mi entender destacan dos funciones principales del libro: por lo que concierne a los autores, cabría hablar de la transmisión y expresión de conocimientos, ideas, vivencias, experiencias, opiniones o sentimientos. Es decir un acto de creación que al mismo tiempo refuerza y satisface el yo del propio creador. En cuanto a los lectores, se trata de adquirir conocimientos pero también de dejarse impregnar por las impresiones y a menudo por las identificaciones que ayudan a verse reflejado en el otro, que en este caso sería el libro con su contenido y las marcas de autor. Este reflejo —*mirroring*— puede tener un efecto de ayuda, de reestructuración en el sujeto-lector, facilitando el paso desde un sentimiento de fragmentación y aislamiento a una experiencia de encuentro y reintegración.

Creo que este efecto poca gente lo ha sabido expresar tan bien como Pierre Bourdieu en su *Autoanálisis de un sociólogo* (2006), donde habla de la sensación reconfortante derivada del hecho de que

algunos de mis lectores o lectoras reconozcan sus vivencias, sus dificultades, sus dudas, sus sufrimientos, etcétera, en los míos, y que extraigan de esta identificación realista, que está en el polo opuesto de una proyección exaltada, los medios de lo que están viviendo y obrando.

Con ello no hace sino poner de relieve el punto de conexión entre las

dos funciones arriba mencionadas: la expresión, el acto de creación, que enlaza con la impresión y el acto de lectura, y da como resultado un intercambio, que es re-creación y continuidad en la vida creativa e intelectual. Desde una perspectiva psicoanalítica, la vivencia descrita por Bourdieu describe el modo en que un inconsciente o preconsciente conecta con otro, lo que supone que la lectura posibilita un *insight* y una relación entre dos saberes.

Pero además, los libros y la lectura son imprescindibles para el desarrollo del análisis crítico. Con la aparición de la imprenta de Gutenberg en 1449, de repente se podían reproducir textos con una técnica que era mucho más rápida que la labor artesanal de copiar a mano emprendida por los monjes. El pueblo podía tener a su alcance escritos con contenidos más críticos y los lectores tenían acceso a otras versiones sobre el mundo social más allá de las que difundían los jerarcas y el clero. Las masas ya no eran tan fácilmente manipulables como antes.

Aún hoy en día se advierte fácilmente la falta de análisis crítico entre los no lectores, quienes de inmediato transmiten con la verbalización de sus pensamientos la noción de la banalidad y de vacío total. Hay en ello un punto de encuentro con el arte, si se piensa, en el sentido en que el estudio intelectual significa la base para cualquier proceso artístico, artesanal, y en general para cualquier diseño inteligente. Obrar en estos campos sin el necesario trabajo intelectual tiene como resultado, casi automáticamente, unas imágenes carentes de análisis crítico que de hecho ya no merecen el atributo de “creativas”. El arte va mucho más allá de sus connotaciones estéticas. La creatividad no se limita a la producción de imágenes mediocres sino que exige la conceptualización de ideas y el análisis crítico, lo que posteriormente se traduce en un lenguaje artístico o, en el caso de las ciencias, en un lenguaje científico.

El vínculo primordial entre el *libro* y el *arte* consiste entonces en que el primero representa la *conditio sine qua non* del segundo. Pero, además de ello, se puede editar el libro artísticamente, y es este el punto de

conexión que nos presenta Elisa Pellacani a través de su proyecto *Human Book*.

Donde hay crítica contra el *statu quo* rápidamente se instalan mecanismos para impedirlo. En este sentido también el libro ha sufrido en numerosas ocasiones ataques en su contra.

En los regímenes dictatoriales de distinto signo ha operado un sistema de censura, por no hablar de las persecuciones, torturas, encarcelamientos y asesinatos que a lo

largo de la historia han sufrido los autores, ya sea por motivos de orden político o moralista, y muchas veces religioso. Una de las formas más bruscas fue la quema de libros en Alemania por parte de estudiantes nazis en diferentes lugares y días durante el año 1933. Imitando perversamente un ritual “de limpieza”, se quemaron libros de escritores judíos o de intelectuales políticamente vetados.

Tristemente, Heinrich Heine había acertado en las predicciones que lanza en su tragedia *Almansor* (1821-1823), en donde la quema de libros es tan sólo el inquietante preludio de un holocausto mayor: “Ahí donde se queman libros se acaba quemando también seres humanos”. Heine se refería en concreto, de un lado, a la quema del Corán llevada a cabo por los caballeros cristianos entre 1499 y 1500, por mandato del car-



denal Mateo Ximenes Cisneros; y de otro, a la quema de personas por obra y gracia de la Inquisición. Sin embargo, su célebre frase ha sido considerada como el trágico pronóstico de las crueldades que pone en marcha el nazismo en la década de 1930.

Hoy en día la leyenda de Heine continúa viva al aparecer inscrita en varios monumentos conmemorativos.

En la actualidad, cualquier ofensiva contra la labor intelectual, ya sea la que representan los libros editados o las diferentes articulaciones artísticas, se lleva a efecto de manera mucho más sutil y disimulada, puesto que la violencia instaurada en el contexto de la Segunda Guerra Mundial parece hoy por hoy impensable, al menos en el mundo occidental. No obstante, se han instalado otros mecanismos que reproducen las relaciones de dominación y que suponen, en opinión de Bourdieu, “un retorno a modos de acumulación fundados en la conversión del capital económico en capital simbólico”.

Entre esos modos, cita el escritor francés “todas las formas de redistribución legitimadora, pública [...] o privada (financiamiento de fundaciones ‘desinteresadas’, donación [...], a instituciones académicas y culturales, etc.) por las cuales los dominantes se aseguran un capital de ‘crédito’ que parece no deber nada a la lógica de la explotación” (Bourdieu, *El sentido práctico*, 2008. Véase también Bourdieu y Haacke, *Libre-Échange*, 1994).

Los sujetos supuestamente “creativos” se ven afirmados en sus actividades, a la vez que se hallan subsumidos bajo el control de la explotación sofisticada que sabe neutralizar la articulación de la subjetividad creadora y revolucionaria (Negri y Guattari, *Las verdades nómadas*, 1996). Y ello, las más de las veces, sin que el sujeto se dé cuenta de este drenaje que opera en el deseo creativo, por lo que el artista, de forma más o menos inconsciente, celebra la posibilidad de vivir su creatividad.

Como resultado de ello se escriben, producen, difunden y venden mayormente los libros que coinciden con los grupos dominantes, frente a los que se oponen frontalmente a tales grupos, que obtienen escasa



cobertura en el mercado. Ya Walter Benjamin advirtió que el arte -y yo añado: también el libro- es en extremo vulnerable, en el sentido en que se suele abusar de él para “glorificar el poder, cualquiera que sea su credo” (Buck-Morss, *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, 2005; Benjamin, *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit*, 1936/1991; Marxen, “La etnografía desde el arte. Definiciones, bases teóricas y nuevos escenarios”, 2009, y “Therapeutic Thinking in Contemporary Art”, 2009).

Aunque no seamos conscientes de la finalidad de los rituales en los que en el contexto de mundo moderno nos vemos envueltos, al menos conviene caer en la cuenta de que formamos parte de un ritual.

Sólo desde esta toma de conciencia es posible cambiar nuestra manera de vivir y de trabajar. Para desarrollar esta actitud son otra vez imprescindibles los libros y las artes inteligentes, como asimismo lo son en el terreno de la educación de los más jóvenes, en tanto que se trata de transmitir una determinada disposición crítica.

Una sociedad carente de ella es la que describe Ray Bradbury en su libro *Fahrenheit 451*, aparecido en 1953. El título hace referencia, como es sabido, a la temperatura a la que el papel arde y se consume.

La peculiaridad de esta novela es que los bomberos no apagan los fue-



gos, sino que su función es la de quemar libros con objeto de “librar” a los habitantes del efecto inquietante que ejerce en ellos la lectura.

De esta manera salvaguardan su sosiego y se creen más felices. Pero aún en un escenario tan horroroso como el que describe la novela, el protagonista encuentra, con ayuda de otros, la manera de salvar al menos el contenido de los libros, memorizando las palabras en la espera de poder volver a imprimirlos.

La transmisión de saberes en una forma no impresa es característica de las culturas orales. Conviene tener en cuenta que este tipo de comunidades suele “conservar sus recursos culturales [...] en estado incorporado” (Bourdieu, 2008).

Desde luego que no estoy escribiendo el elogio del libro para desprestigiarlas, ni para establecer una valoración peyorativa de las mismas, pero lo que es innegable es que la escritura permite difundir los saberes independientemente de la memoria individual de los transmisores culturales.

En fin, el día de Sant Jordi es una excelente ocasión para recordar las funciones del libro y de la lectura, y asimismo para conmemorar los libros que han sido destruidos de manera inmisericorde y brutal, o cuya difusión ha sido sutilmente obstaculizada.